



La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihuela 15 de Marzo de 1901.

Núm. 422

Gloria á Camacho

(APÓLOGO)

I

—¿A dónde vá tanta gente? preguntaba un peregrino al entrar en cierto pueblo desconocido.

—Al palacio de Camacho.

—¿Por qué?

—Porque es un rico dadivoso que posee grandes bienes, pero aun tiene más grande el corazón: cada día sacrifica centenares de aves; pone al fuego monstruosas ollas; y no hay pobre á quien Camacho no socorra. ¡Gloria á Camacho!

El peregrino miraba entretanto á su alrededor y veía las doradas mieses anunciando riquísima cosecha: los árboles cargados de fruto, las aves cantando en la floresta, el agua de los arroyos brindándose á apagar la sed.

Continuó su camino y penetró en la plaza Mayor del pueblo.

El palacio de Camacho situado frente á la Iglesia rebosaba de gente.

La Iglesia estaba desierta.

La campana llamó á los fieles al Santo Sacrificio.

Y en la Iglesia solo penetró una vieja que no tenía dientes.

—¿Por qué no acudis á la Iglesia? preguntó el peregrino á los glorificadores del rico.

—Porque no somos fanáticos, contestaron; y porque es día de felicitar á Camacho que nos da pan.

—Pues si Camacho, que os dá pan es acreedor á vuestros aplausos ¿cuánto más lo será Dios que dá á Camacho el trigo para que lo amase?

—¡Fanático! ¡fanático! gritaron las gentes empujando al peregrino hasta arrojarle del pueblo.

II

Pasaron tres años y el peregrino volvió á pasar por la villa de Camacho el rico.

Las aves no cantaban en la floresta, los campos yermos y los árboles desgajados revelaban el paso de furiosa tempestad.

El peregrino llegó hasta la plaza Mayor. La casa de Camacho estaba cerrada.

La Iglesia permanecía abierta.

—¿Donde está aquel rico que daba pan? preguntó el peregrino á las gentes que se aproximaron.

—Todo lo perdió; quedó en la miseria y murió de pena.

—¿Y porqué no habeis muerto tambien vosotros?

—Por que en el limo que dejaron las aguas de la última catástrofe sembramos algunos granos y hemos recogido lo necesario para no morirnos.

—Y á donde vais ahora?

—A la Iglesia á dar gracias á Dios.

—¿Os habeis vuelto fanáticos?

—Nos hemos vuelto hombres y hemos aprendido á pensar.

EPÍLOGO

Observad al perro: cuando ve el pan menea la cola: cuando vé un campo de trigo lo desprecia.

Observad al hombre indiferente: por necio que sea, le interesará un pedazo de pan, pero le interesan más las mieses que lo producen.

Ved en fin al hombre religioso; gusta del pan y cultiva las mieses, pero al pensar en Dios que las crió, cae de rodillas.

El perro no pasa del pan.

El indiferente no pasa de la tierra.

El hombre religioso llega hasta Aquel de quien procede todo don perfecto.

Cuando oigais á alguno de esos infinitos necios que hoy andan por el mundo llamar fanáticos á los hombres de fé religiosa, acordaos de esta escala de inteligencias y colocadle entre los perros más ó menos perfeccionados.

¡Oh! dolor: ¡Y pensar que entre esos perros figura hoy la mayoría de las llamadas clases directoras de la sociedad!

¿Escuchais todos esos gritos que se dan hoy contra la religion?

No son más que ladridos.

Literatos, artistas, hombres de ciencia; todos ladran.

De los políticos no hablemos: ladran y gruñen disputandose el mendrugo que otro amasó.

Los demás lo amasan con sus artes, sus ciencias, sus descubrimientos, exclamando entusiasmados: «¡Gloria á Camacho!» es decir, gloria al arte, gloria á la ciencia, gloria á las letras, gloria al talento que nos da el pan.

Pero bestias ¿quien os dá el talento?

¿Porque no decis «¡Gloria á Dios» de donde os viene el rico don?

Más aun; ¿por qué combatis á los que lo dicen?

¡Ah! permitidme que hable claro.

Porque Camacho no impone deberes y Dios sí.

Porque quereis vivir como los perros; sin reconocer de donde viene el pan para no cumplir los diez mandamientos que os impuso la mano que os lo dá.

Este es el misterio de vuestros ladridos y lo que tiene al mundo convertido en una perrera.

Y los infinitos perros que la habitan, no comprenden que sin el cumplimiento de las divinas leyes, podrán quizás multiplicar el pan pero jamás lo comerán en paz.

ADOLFO CLAVARANA

PENSAMIENTO

El gran pecado de esta civilizacion liberal, pecado gravísimo que la distingue y caracteriza, no son los vicios de la humanidad caída de que ninguna época estuvo exenta, sino el gran pecado de orgullo é ingratitud que la impele á adorarse á sí misma en sus progresos materiales sin dar por ellos á Dios la gloria que le debe. El castigo de este pecado es la vuelta á la barbarie: y la cosa va de prisa como puede verse á continuacion.

A. C.

La civilización liberal EN PAÑOS MENORES

Drama en tres actos... nada edificantes

El teatro representa un bosque ó un manicomio, lo mismo dd.

Cuadro primero.

Desafío de Damotte y San Malato

Paris 23 (II, 13 noche)

Conocidos son los antecedentes del duelo que hoy se ha ventilado entre el maestro de esgrima francés Mr. Damotte y el maestro de esgrima italiano San Malato.

Según he teleografiado ayer, hubo dudas sobre cuál de los dos era el ofendido. Mr. de la Fremoire, presidente de la Sociedad del Fomento de la Esgrima en Francia, elegido como árbitro, decidió que el ofendido era Damotte.

Acordóse que el duelo se verificara hoy en el parque de los Príncipes, del bosque de Bolonia. La espectación era grande en París y acudieron al lugar del encuentro muchos curiosos, literatos, tiradores famosos, mujeres elegantes, periodistas etc. etc.

Los testigos de Athos de San Malato eran el caballero Scalisi y Carlos Pausa. Los de Luis Damotte eran G. Ayat y Jorge Dubois.

El día era lluvioso y el terreno estaba lleno de barro.

Momentos antes de la hora convenida llegaron al lugar del combate los adversarios, quienes se pasearon durante algunos minutos desafiando la lluvia, como para reconocer el terreno.

A las dos y cuarto se produjo un incidente porque las espadas de San Malato tienen la guarnición plana, cuando el acta preparatoria determina que las guardas de las espadas sean curvas para defender las manos de los combatientes.

Después de una larga discusión Damotte dice que aceptará la decisión de sus padrinos. San Malato manifiesta que le es igual batirse con una ó con otra espada.

No llegándose á un acuerdo entre los testigos estos nombran un tribunal de seis tiradores, que emplean largo rato en el debate no sin que el público que asiste al desafío como á un espectáculo cualquiera manifieste su impaciencia.

Como no hay acuerdo se decide que cada uno de los contendientes luche con la espada que prefiera.

Colócanse frente á frente los combatientes. San Malato viste pantalón negro, malla castaña y sandalias de esgrima. Damotte camisa sin planchar, de rayas rojas, y botinas de salón. Ambos se manifiestan arrogantes y serenos. El duelo comienza á las tres y cuarenta y cinco minutos. La emoción de los espectadores es extraordinaria.

San Malato ataca con vigor, dando peque-

ños gritos Damotte rompe. Obsérvase en seguida la superioridad del italiano.

Al primer asalto Damotte pierde mucho terreno. En el segundo Damotte dobla su espada sobre la guarda de la de San Malato. El duelo se verifica con la corrección de un asalto en sala de armas. El cuadro es admirable, (según *El Imparcial*.) La lluvia cae á torrentes. Los adversarios hunden sus pies en el barro.

El ataque impetuoso de San Malato desconcierta á Damotte.

Al tercer asalto Damotte resulta herido en el sobaco derecho. La espada ha penetrado cuatro centímetros. Los médicos reconocen la lesión y declaran que no es de gravedad. La espada de Damotte pasó cerca del cuello de San Malato.

Los testigos interumpieron el duelo y los adversarios se reconcilian abrazándose y besándose con efusión en medio de los aplausos del público.—*Mar.*

¿Verdad que después de leer esto se queda uno con la boca abierta dudando, si esto son hombres ó son bestias?

Cuadro segundo.

Garrotazos en la cámara austriaca

Viena, 5 (10, 30 n.).

La sesión celebrada hoy por la Cámara de Diputados ha sido borrascosísima. La furia de tcheques y pangermanistas ha llegado á un extremo inconcebible.

El escándalo ha superado, por lo estrepitoso y brutal, á cuantos se han presenciado antes de ahora en este parlamento, donde las violencias han excedido á cuanto pudo imaginarse.

El presidente, Sr. Vette von Lillie, retiró la palabra á un diputado tcheque, porque se expresaba en terminos incorrectos y descomedidos, y otro diputado, también tcheque y de la fracción radical, el Sr. Fresse, abandonó su asiento, y, como lanzado por un resorte, se acercó á la mesa del presidente y rasgó la lista de los oradores que tenían pedida la palabra, acabando por convertir aquella en menudos pedazos.

Varios diputados pangermanistas se abalanzaron entonces sobre el Sr. Fresse, y cegados por la furia, le acometieron como verdaderas fieras.

Uno le sujetó por el cuello, otros le abofetearon y le pusieron amoratado el rostro á fuerza de puñetazos.

Acudieron en auxilio del víctima varios tcheques, después de violentos esfuerzos consiguieron sacar al Sr. Fresse de entre las manos de aquellos energúmenos, completamente cubierto de sangre y con los vestidos desgarrados.

La trágica escena terminó con un pugilato y una lluvia de bastonazos entre pangermanistas, alemanes y radicales.

Bergmann.

Cuadro tercero

Puñetazos en la cámara de los comunes.

Londres. 6 (8 12 mañana).

La sesión celebrada anoche por la Cámara de los Comunes ha sido una de las más tumultuosas de que hay memoria.

Los debates revistieron tal caracter de violencia por los diputados irlandeses, que la Cámara acordó la espulsión de 16 éstos.

Estos se negaron á abandonar la sala durante la votación, y la resistencia de los nacionalistas dió origen á una reñida lucha entre los expulsados y los agentes de policía.

En un momento se vieron por el aire los cascos de los «policeman» y apareció el pavimento sembrado de corbatas y cuellos de los diputados irlandeses.

Los asaltos de boxeo y las luchas cuerpo á cuerpo sobre los bancos de la Cámara, duraron larguísimo rato.

Cuando fué sacado del campo del combate mister Cream, de todas sus ropas solamente conservaba la camisa y el pantalón.

Hasta la una de la madrugada no quedó restablecida la tranquilidad en la Cámara.

Varios agentes de policía han sido trasladados á la enfermería por haber sufrido heridas y contusiones.

Fitzmoore.

Cuadro final

y fin de fiesta

Disturbios en Gijón; escándalos en Oporto; tumultos en Ripoll; desordenes en Manlleu; motines en Madrid; ataques á la fuerza pública hasta en pueblos tan pequeños como Aviles; incendios de casillas de consumos; apedreos de casas de comercio por sus dependientes; persecución de fabricantes por sus obreros; muertos, heridos, contusos, atropellos; incendios de fábricas; la mar libre en calzoncillos blancos.

CAE EL TELÓN

SIGA LA RESTA

Pues, señor, es el caso (y no va de cuento) que el señor Obispo de Jaen se dirigió á Presidente del Casino Primitivo, y le dijo: ¡Hombre, por Dios!; entre cristianos no está bien eso de bailar en primer domingo de cuaresma; ¿por qué no suspenden ustedes el baile que tienen proyectado para el domingo? Recibir el presidente la atentísima carta del Sr. Obispo en que le decía estas cosas pero muy bien dichas, y estar en Palacio, todo fué uno, exclamando: ¿Usted se burla, señor Obispo? No, señor; no bailaremos: basta que usted lo haya dicho; ¡pues no fallaba más!; y sobre todo, que los del casino somos muy católicos; y que no habrá baile en el casino. Y cumplieron su palabra; porque lo dieron en el salon del ex-convento de los Angeles en donde los católicos y cacatólicos de Jaen se hincharon á bailar hasta reventar el

pellejo, con escarnio de las leyes divinas y humanas, del Sr. Obispo, y de la formalidad que se suele gastar en algunas partes.

Y vamos adelante. Animado el Sr. Obispo con el resultado de la entrevista con el Presidente del casino, (por su puesto, antes de lo del fandango consumado) se dijo: Voy viendo que estos católicos de Jaen son unas personas cabales: vamos á ver si damos otro buen golpe; y le puso otra atentísima carta al Sr. Alcalde rogándole que prohibiese las máscaras del domingo del Buen Pastor; pero Herodes, digo el Alcalde, contestó que eso no era cosa suya; que apelase á Poncio Pilatos, digo al Gobernador.

Nueva atentísima y razonada carta del Sr. Obispo al Sr. Gobernador para que evitase la profanacion del primer domingo de la santa Cuaresma con los recursos que nunca faltan á la buena voluntad, sin tener para ello que revocar el permiso que ya tenía dado segun relacion del Alcalde; y carta del Sr. Gobernador al Sr. Obispo, breve y un tanto seca, diciéndole que *nequaquam*; y no por la violencia que pudiera proporcionarle el volver sobre su acuerdo, como le indicaba el Sr. Obispo; sino porque en Madrid, Zaragoza, Málaga, Cadiz etc. etc. lo hacían así; y... francamente... no estaba por el gusto de ponerse en ridículo; aunque al negarse tuviera que ponerse por montera varias cosas de las que se puso el Presidente del Casino Primitivo.

Con lo que, y otra carta del Sr. Obispo doliéndose del caso, termina el sucedido; tras del cual se le ocurre á uno pensar varias cosas:

1.^a ¿De qué tierra habrán venido los que esperaban la salvacion de España de la casta de hombres que formaban el gobierno que acaba de ser liberalmente enterrado, ó sea arrastrado al muladar con una soga de esparto verde á los pies?

2.^a ¿Aun no se persuadirán mas de cuatro de que no puede ser eso de bailar la danza católica con el pié derecho, y el vals liberal con el izquierdo; ó como dice el Sr. Obispo de Jaen: *tener la fé para usos individuales y domésticos, prescindiendo de ella en la vida social y pública*?

3.^a Que el gobierno proceda así siendo católico-liberal es tan natural como el salir el sol por el Oriente; ¿pero es posible que se empeñen en seguir considerándole como católico, y como excepcionalmente católico, con tales procederes?

4.^a Que merece alabanza el celo del Sr. Obispo de Jaen que pone lo que está de su parte para que las costumbres sean lo que deben ser.

5.^a Que es digno de extraordinaria admiracion el hecho, que dados los tiempos que corremos raya en heroico, de querer que cada palo aguante su vela; y para cumplirlo, haber publicado las cartas referidas á fin de que el que quiera honra que se la gane, comenzando á poner por obra las palabras de su excelente última Pastoral anterior á estos hechos, que dicen así: «Urge,

pues, que se deslinden los campos: á un lado todos cuantos confiesen y amen y sirvan á Jesucristo; y al otro lado los que imitando la protervia Judáica no quieren que Jesucristo reine sobre ellos ni menos sobre la sociedad»; esto es, urge llamar al pan pan, y al vino vino; y á lo blanco blanco, y á lo negro negro, como lo ha hecho el Sr. Obispo de Jaen; y al católico católico, y al liberal liberal, completando sin dilacion ni empacho la gran resta empezada.

Y 6.^a Que de esa urgencia; de los graves perjuicios del retraso; y de la ineficacia del viejo y desacreditado plan de las componendas, concesiones y querer engañar al diablo, son muchos los que están persuadidos hace tiempo; por lo cual claman á todas horas con las palabras del principio: siga la resta.

AMANCIO MESEGUER

SECCION INSTRUCTIVA

Lo que Dios hace por los hombres.

De un grano que se corrompe en la tierra, resultan una multitud de granos; y de estos granos sale el alimento más necesario y más gustoso para el hombre, el grano jamás podría criarse ni multiplicarse sin agua y sin calor, y la providencia de Dios nos ha provisto de sol y lluvias para que se críen los frutos y no nos falten alimentos. Pero Dios, no sólo provee de alimentos á los hombres, sino también á los animales.

Es tan universal su providencia, que mantiene á las aves en el aire y á los peces en las aguas; hasta el menor viviente tiene sus alimentos proporcionados á sus especies. Ha criado diferentes animales para que sirvan al hombre en sus necesidades: unos le sirven de sabrosos alimentos, otros le visitan, otros le calzan, otros le proporcionan el descanso llevándole á caballo, otros le cultivan las tierras, otros le llevan las cargas, otros le guardan las casas y le defienden los ganados, en fin, hasta los animales más feos y horrorosos los ha criado Dios para fines de su alta providencia: ya para medicinas, ya para representarnos y recordarnos la fealdad del pecado mortal, que es más feo que todos los monstruos del mundo; y últimamente, ha criado todas las cosas feas y hermosas para que tengamos más que admirar y para que reconozcamos su infinito poder y sabiduría, que sabe hacer tantas y tan diferentes cosas.

Ha dispuesto las noches para que desansemos de las fatigas del día; ha hecho el fuego para que nos defendamos del frío, y si se desmanda este furioso elemento, tenemos el agua para apagarlo. Ha establecido el invierno y el verano para nuestra conservación, porque si siempre fuese verano se encendería el globo de la tierra y nos abrasaríamos. A los países frios los proveyó de bosques y de leña, y á las tierras secas las ha

provisto de lluvias. ¿No son estas unas razones bien claras y convincentes de la providencia de Dios?

Sirviendonos Dios con tanto esmero, ¿es posible que las bestias hayan de cumplir mejor que nosotros los fines de la Providencia? Los animales y las cosas insensibles cumplen puntualmente el fin de su creación: el sol nos calienta; el aire nos refrigera y nos da materia para respirar; las aves bendicen y alaban al Señor con sus cantos; las bestias más feroces se amansan y obedecen al hombre; todos cumplen lo que Dios les manda, menos el hombre: la criatura más obligada á Dios es la que menos le sirve, Y después de esto ¿extrañaremos que ofendido el Señor por nuestra ingratitud nos castigue unas veces con pedriscos, otras con falta de lluvias, otras con exceso y con otras mil desgracias y calamidades?

¿Cómo es que siendo la providencia de Dios tan sabia y tan justa vemos á unos tan pobres y á otros tan ricos? Esto que parece un desorden no es falta de providencia en Dios, sino ignorancia nuestra. Nuestro entendimiento es tan corto y tan ignorante que de ningún modo podemos llegar á penetrar y entender los altísimos fines de la providencia; pero aunque nosotros no lo entendamos, no por eso dejan de ser admirables y maravillosas todas las obras del Señor. Cuando Dios distribuyó todos los bienes del mundo, no se olvidó de los pobres; cuidado tuvo de proveer á sus necesidades. Si hay ricos en el mundo es precisamente porque también había de haber pobres. Si todos fuesen pobres no habría quien socorriese; y si todos fuesen ricos, nadie querría ceder ni sujetarse á otro, ni servir á otro, ni trabajar por otro, y así es que no podríamos subsistir; porque es necesario que unos á otros nos sirvamos y nos socorramos.

A los ricos les dió el Señor sus bienes, no para saciar sus pasiones ni para gustos, ni para pleitos, sino para cuidar de las necesidades de los pobre. Los ricos, son los administradores de Dios y los ministros de su providencia respecto de los pobres; son como unos arrendatarios de los bienes que les concedió el Señor, y los hizo ricos con la precisa condición de asistir y socorrer á los necesitados. Y así es que la limosna no es cosa puramente voluntaria, porque al pobre no se le da sino aquello que Dios ha puesto en las manos de los ricos para que lo distribuyan á los pobres, y si los ricos no cumplen con este encargo de Dios, se hacen reos de eterna condenación.

Mas también es preciso advertir que muchos son pobres porque no se fían de la providencia de Dios. Unos trabajan los días de fiesta por temor que les falte que comer; otros por no perder los parroquianos; otros confían más en sus brazos y en sus diligencias que en Dios; otros esperan más de los hombres que de Dios; y este es un grandísimo agravio á su divina providencia, y por eso nunca adelantan, ni salen jamás de sus apuros; y por fin, otros son pobres porque

abusando de la providencia del Señor, se entregan á la ociosidad y no quieren aplicarse á trabajar para ganarse el pan, y esto es tentar á Dios.

De todo esto debemos sacar por consecuencia que debemos dejarnos guiar por la providencia de Dios, estando siempre bien seguros que todo lo que dispone es para conducirnos á la verdadera felicidad de la gloria y al mismo tiempo, que debemos darle gracias y estar siempre sumisos á su santa ley.

Gerardo Gonzalez, Pbro.

(El Pueblo Calólico de Jaen).

Mártires de la civilización

Fragmento de una carta del
P. Enrique Proserpi

«Como sabe, hace casi dos años que dejé la Italia con dirección á la China. Después de tres meses de viaje llegué al Chan-si septentrional y precisamente á Thas-Tuen-fou, que es la capital de la provincia y la sede episcopal. Aquí nos ha sorprendido la revolución que debía destruir nuestras más bellas esperanzas y extinguir las vidas más preciosas. En otros Vicariatos y en otras provincias se había organizado un poco de defensa, ó fué más fácil oponer algún obstáculo, ó sinó vender la piel á un precio más discreto. Nosotros, nada de nada; no porque nos faltase la buena voluntad, antes por el contrario, propusimos á los dos Obispos Grassi y Fogolla el proyecto de fortificarnos lo mejor que nos fuera posible. Pero ellos no respondieron: sin armas, como nos hallábamos, hubiéramos hecho una cosa inútil, ó quizás dañosa, porque hubiéramos provocado antes de estallar la persecución.

Nos entregamos á la Providencia y esperamos un poco, creyendo que, bien vistos como éramos de los paganos, la revolución perdonaría por lo menos nuestra provincia. Pero el Mandarín, á quien los europeos del Chang-tong habían hecho trasladar al Chan-si por sus iniquidades, queriendo vengarse, preparaba él mismo la revolución, que estalló furiosa é improvisadamente el 26 de Junio.

Nos hallamos sin saber qué hacer, intentamos huir á los montes, más las puertas de la ciudad estaban custodiadas y tenían la orden de no dejar salir á ninguno. Entonces volvimos á casa, y se determinó que los Obispos Grassi y Fogolla, y otros tres sacerdotes inhábiles para soportar grandes marchas nocturnas, esperasen cada uno su destino en sus propios puestos; cinco de los más jóvenes habían procurado esconderse en los montes en donde ya se habían refugiado algunos miles de cristianos.

En la noche del 26 al 27, nos bajaron con cuerdas por la muralla, no había ni siquiera una espuesta, como para San Pablo en Damasco! pero te aseguro que en ciertos momentos no se siente molestia aunque fuese uno suspenso de cualquier modo á fin de salvar la vida.

Los montes vecinos, á causa de las escavaciones de tantos años para sacar el carbón fosil, estan llenos de cavernas que se cruzan en todos los sentidos, y se introducen en la tierra unos cien metros, otras quinientos y algunas mil. Nos dirigimos á estas catacumbas de nuevo género y en ellas encontramos ya muchos cristianos que nos habían precedido y nos esperaban con una discreta provisión de pan y harina que debía ser nues-

tra única refección durante cuatro meses. Pero aun allí estábamos tan poco seguros que era necesario mudar de caverna casi todos los dias, para evitar que los paganos tapasen la entrada y nos hiciesen morir ahogados. Solamente por la noche podíamos salir fuera, caminando sobre cuatro piés, para respirar un poco de aire puro y para contar nuestros trabajos á las estrellas, ó mejor á Aquel que está sobre las estrellas.

Una tarde vimos un grande fuego..., aquellas llamas, en las que soplabá toda la ira del Mandarín y de los boxers, parecían querer reducir á cenizas toda Thas-Tuen-fou, pero no quemó más que la Catedral, el Episcopado y algunas otras ricas casas de los cristianos.

Aquellos fueron ciertamente los momentos más terribles para el que lo contemplaba desde los montes y más para el que se encontraba en la ciudad. ¡Pobres Obispos! ¡pobres padres viejos! ¡pobres monjas! ¿qué será de vosotros en esta hora?: este era nuestro pensamiento de todos los días, ó mejor de todos los momentos.

Finalmente algunos cristianos que habían podido entrar en la ciudad, nos llevaron las tan suspiradas noticias. Mas ¡ay! que noticias. Monseñor Grassi y Monseñor Fogolla asesinados; asesinados los otros dos Padres y el Hermano lego, que se quedaron allí; asesinadas las siete Monjas Misioneras de María, con algunas huérfanas de casi veinte años; asesinados siete seminaristas y además otros, y otros, y otros todavía... Se calcula que en la ciudad y fuera de ella no han sido asesinados menos de diez mil, ¡cerca de la mitad de los cristianos que contaba aquella próspera cristiandad! ¿Cómo fueron martirizados? Por ahora no se sabe; se sabe que para los chinos aún en el matar la variedad agrada, por consiguiente, no será una mera suposición el decir que les habrán hecho morir de diferentes modos.

Se sabe de uno que fué crucificado, de otro que fué ahogado, de algunos hechos pedazos y de muchos quemados vivos.

Entre tanto los trabajos crecían cada vez más, el hambre nos perseguía de caverna en caverna peor que los boxers... Se ha intentado una fuga pero hemos debido volver atrás por las enormes dificultades,

Así han pasado cuatro meses, al fin de los cuales, el hambre, ha podido, por lo menos en mí, más que los boxers.

Llamé á mis compañeros y les dije que quería huir de allí á todo trance, aunque me fuese en ello la vida, pues el morir de hambre no lo tenía por más poético, que morir traspasado por la lanza de un boxer. Si la fortuna me asiste, les he dicho, me acordaré de enviaros algún socorro, en caso contrario, me rezáis un *De profundis* y asunto concluido, todos iguales.

Contar las peripecias de mi largo viaje no es del todo fácil: diré solamente que me vestí de monje chino, con la cara negra como un carbonero, con un compañero cristiano al lado no menos desfigurado que yo, y adelante, á grandes jornadas con dirección á la puerta próxima de la gran muralla. ¡Oh! las miradas sospechosas encontradas en el camino! ¡Oh! los días largos y las noches eternas! Finalmente llegamos á la vista de la gran muralla, ya á pocos kilómetros y después... nos arrojamos en la boca del lobo. Si, en la del lobo, porque en aquella puerta no se hallan menos de trescientos ó cuatrocientos empleados de la aduana que tienen por grande fiesta cuando pueden hacer pagar á un pobre europeo nada menos que con la cabeza la contravención de la ley.

Me afeité la barba para que no me prendieran como á un *maotze*, esto es, como á un diablo peludo, como ellos nos llaman. Pero ¿y los ojos y la nariz? bastan estas dos cosas

para que nos conozcan en todo el Imperio Celeste; y por otra parte no son cosas que se puedan esconder por un cuarto de hora en la caja de los anteojos.

¿Qué hacer? ¿cómo remediarlo? Una idea feliz ilumina mi mente y á los cinco minutos un grande emplasto me cubria un carrillo y un ojo; y otro la nariz y el otro ojo: además con un poco tierra y un poco de sangre el disfraz era completo, tanto que cualquiera hubiera creído que se me había roto la cabeza y que la había ligado de aquel modo para no dejarla en el lugar del supuesto desastre. Llamados por el compañero chino dos hombres de una casa próxima me colocaron en una portantina y se emprendió la marcha. Llegados á la puertas preguntan los de la aduana, qué llevan en la portantina y á lo cual respondieron en su buena fé los que me llevaban: un desgraciado que se ha roto la cabeza, y vuelve á su casa, que está de la otra parte de la gran muralla.

A tal respuesta levantan con la punta de la lanza los lienzos de la portantina y viendo aquel espectáculo, dijeron: adelante pues; y se retiraron. Confieso que aquel fué un momento para mí inolvidable.

En Tching-tig-fau he encontrado en los franceses primeros europeos y los primeros alivios: en Pao-ting-fou recibí de un oficial tedesco esta ropa que ha substituido con ventaja á mis sucios andrajos y ahora después de mes y medió de viaje, aquí me tienes.

Y á estos heroes de la civilización se les persigue en Europa llamandole retrogrados y egoistas. Y es que la sociedad europea aspira á descender al nivel de la barbarie china. Y lo conseguirá. El bajar cuesta poco.

SUSCRIPCION

PARA SOCORRER Á D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO POBRE, ENFERMO Y CESANTE, POR HABER INVENTADO Y PROPAGADO LA COLOCACION DE PLACAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN LAS FACHADAS DE LAS CASAS.

	Pts.	Cts.
Suma anterior. . . .	2194	13
D. Marcelino Fernández		60
» Juan Rodríguez		1
» José Moltó, Abogado		5
Un devoto del S. C. de J. Alcoy		2
Suma. . . .	2202	73

Se concluirá.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea descient s periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . .	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0.50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Ortuella. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Pas 6, principal, y en las demás librerías católicas.